



Trabajos en San Cristóbal de Las Casas

Las migrantes en SCLC se insertan en trabajos domésticos, “*en una casa*”, mayormente:

Bueno, sí tiene una hija en San Cristóbal, pero que es un, lo dejó el esposo, ahora está trabajando en una casa. (TGL)

Así, se dan situaciones donde la explotación se estructura sobre el trabajo individualizado, creando probablemente unas condiciones de mayor vulnerabilidad frente a los empleadores:

S: Sí, ya..., ahora porque ya no aceptan este..., en casas, domésticas que tienen, tenga hijos, entonces por eso se dedicó a lavar ropa. Eso es lo que sabe ella. (CR)

Las migrantes pueden incluso, en algunos casos, recibir el apoyo materno en sus gestiones para la obtención de un empleo:

S: Y cuando llegaron a San Cristó..., cuando se fueron a San Cristóbal ellos trabajaron, o usted los apoyó ayudó, con dinero,...

O: No mamita, yo les busqué trabajo.

J: Ahh... usted?

O: Les busqué trabajo. (OVR)

III. Comentarios finales

El mundo urbano es el mundo de las experiencias cotidianas de las mujeres ya asentadas en el contexto citadino, y se refleja en la manera de ubicar sus perspectivas vía las narrativas, mientras que el mundo de la comunidad de origen parece colocarse por ellas en el trasfondo, pero no olvidado ni desconectado. Adicionalmente puede percibirse retrospectivamente ese sentido de comunidad de origen por parte de las mujeres ubicadas en lo urbano en un sentido plural y diferenciador, dado el hecho de la multidireccionalidad presente en esos procesos de desplazamientos que pueden culminar con un asentarse en SCLC. El proceso migratorio no es por lo tanto uno lineal y progresivo sino uno algo aleatorio, accidentado, no unitario.

La perspectiva desde las comunidades de origen prioriza la localización comunitaria,



aunque esto no debe tomarse como indicador de satisfacción y sí de ubicación residencial, como lugar desde donde se contempla, observa. El emigrar hacia SCLC puede considerarse como posibilidad o tenerse como actividad algo lejana. El contexto cotidiano urbano de SCLC para las mujeres de las comunidades repercute como algo lejano, extraño, del que se desconfía; falta la experiencia cotidiana que produce la familiarización con el mismo. Los mundos que se perciben desde ambas ubicaciones son mundos segmentados y contrastados, pero también inexorablemente relacionados y que negocian constantemente entre ellos.

A la manera de los enfoques desarrollados por Rosalva Hernández Castillo (2001) en sus investigaciones sobre los mames, se torna relevante la noción de “frontera” en el análisis de estas mujeres indígenas. Los desplazamientos no pueden contemplarse necesaria y únicamente desde un enfoque exclusivamente espacial. Los mismos se producen adicionalmente al nivel de aspectos de las identidades, y/o la implementación de procesos de autogestión y se puede mover uno hacia “adentro” o hacia “afuera” de las mismas, obviamente especificando parámetros y contextos. Las perspectivas de la esencialidad identitaria quedan prácticamente anuladas ante estos argumentos.

Hay que considerar la frecuencia de desplazamientos que se dan hacia SCLC, pero que no constituyen migración propiamente, en el sentido de que no existe o no se puede inferir una finalidad y correspondiente práctica de buscar el iniciar procesos de asentamiento en el ámbito urbano de SCLC. De todos modos, puede incluso hablarse de diferentes clases de desplazamientos. Pero, desde ambas perspectivas, la de las mujeres del área urbana y la de las comunidades de origen, tienen una percepción de que los procesos de desplazamientos migratorios poseen un alto grado de multidireccionalidad. Esta tendencia enlaza y ubica a habitantes de las mismas en lugares bien diversos y dispersos, dentro, en la gran mayoría, y fuera, en menor cuantía, del territorio estatal. Se delata una tendencia a limitarse a la periferia algo inmediata de SCLC.

La condición general de la mujer en su comunidad de origen, percibida a través de las narrativas ofrece un cuadro casi total de la negación de su (potencial) condición de sujeto. Aparece ubicada casi siempre en un contexto relacional donde lo masculino se convierte en lo hegemónico, y las relaciones se estructuran en términos de explotación, subordinación y la violencia. Los espacios “algo frágiles” que emergen ocasional y aleatoriamente en torno al factor tierra y las actividades que de ella se derivan constituyen unos márgenes mínimos que insinúan algún grado de gestión o iniciativa personal, y que merecen un examen más detallado y preciso en próximas etapas investigativas. Igualmente, en contextos algo diferentes han surgido situaciones donde se producen unos espacios frágiles cuando las mujeres activan unos mecanismos sutiles para defenderse y apoyarse mutuamente de una posible situación violenta asociada con alcoholismo masculino.⁸⁷

Por vía de conclusión y/o comentario general vale la pena la reiteración de la explotación

⁸⁷ SLP, p. 3, lins. 30-40.



que se produce en ambos contextos fundamentada en la condición de género, pero dentro de unos contextos familiares, de clase y de etnicidad. Clase entendida como un factor que produce y reproduce unas condiciones, donde surge la posibilidad de que etnicidad se convierta en un velo para un análisis más profundo. Los detalles y condiciones particulares pueden variar, pero incluso, las condiciones y condicionamientos creados en unos contextos contribuyen a la producción y reproducción de esta explotación en los otros. Esto muestra la relevancia de enfocar ambos contextos de una manera interrelacionada, pero teniendo el buen cuidado de rescatar la particularidad de cada uno, y luego trazar cuidadosamente esas trabazones, con su impacto y repercusión. Dentro de esta misma línea de pensamiento puede comentarse que las expectativas de los empleos o proyectos laborales a cristalizar en SCLC parecen ser un poco más “altas” por parte de las mujeres asentadas en SCLC, debido quizás a un historial y experiencia laboral más amplia, pero que también refleja de modo retrospectivo una experiencia inicial común, dentro de sus particularidades, distinta a la reflejada en las perspectivas de las mujeres de las comunidades de origen. Donde estas últimas no tienen la oportunidad de apreciar la diferencia de ambos contextos que pueden ser en extremo contrastantes dado a la implementación de una serie de destrezas requeridas y facilitadoras, posiblemente ya adquiridas, que en conjunto hacen de la incorporación algo más problemático.

En términos de la posible y actual adquisición de capital cultural y quizás también del capital social, las narrativas de las mujeres en las comunidades de origen reflejan una perspectiva prospectiva y algo lejana. Las mujeres asentadas en la ciudad poseen un tono y una visión con componentes retrospectivos, de inmediatez de moverse y desplazarse en el contexto citadino, de ir desarrollando, aunque con gran dificultad en muchos casos, sus o partes de sus proyectos de vida, si así se pueden calificar. El resultado de encontrarse ya relativamente insertadas y el hecho de tener una historia-experiencia urbana marca una gran diferencia. Esto no niega en ningún momento que la experiencia y conciencia de la migración no sea o no pueda constituirse en algo real y cotidiano y bien presente en las mujeres de los dos contextos, pero el impacto del contexto central en que cada una está ubicada, más la diferencia en la experiencia conlleva por lo tanto un impacto y una perspectiva diferenciada.

Las situaciones de las trece mujeres de las comunidades de origen al compararlas con las nueve que han podido adelantar sustancialmente el proceso de inserción y de asentamiento en SCLC nos obliga a considerar más en detalle en los próximos trabajos cómo dos ubicaciones diferentes pueden producir perspectivas disimilares sobre el mismo asunto dentro de estos procesos. Como, por ejemplo, cuando al migrar se obtienen haberes propios del contexto urbano como el hablar español donde en el contexto urbano se ve como un logro y al trasladarse a la comunidad de origen puede ser percibido como un componente negativo.



La relación para con la tierra parece ser diferente para las mujeres en la comunidad de origen. Amén de residencia, es lugar para la actividad productiva en el sentido agrícola, a pesar y quizás en conjunción paradójica con la condición de la enajenación y subalternidad presente en las relaciones en torno a la propiedad de esta y los espacios femeninos algo frágiles que emergen. Para las mujeres urbanas aquí entrevistadas e interpeladas, parece ser más el solar-casa, con visos residenciales y algo individualizados la meta que se busca. Pero esto tiene que condicionarse, ya que el solar residencial, como en un caso que conocemos puede complementarse con la adquisición de otro que luego es transformado en terreno de siembras, para la subsistencia y/o la comercialización. Existe adicionalmente otro tipo de migración indígena, como la que se trae a colación en los periódicos *Tiempo* y *La Jornada* para el mes de marzo de 1994. Parece ser de carácter masivo y organizado y se persigue la adquisición de terrenos no únicamente para propósitos residenciales sino además para fines agrícolas, aparentemente de subsistencia.

Es oportuno y conveniente puntualizar que la “materialidad” constituye un fundamento clave para poder mover los procesos de autogestión en el contexto urbano e inclusive para desarrollar la capacidad de moverse exitosamente desde las comunidades de origen al ámbito citadino. Las restricciones de género, operando dentro de unas constricciones de familia y parentesco y los componentes exógenos (relaciones étnicas y de clase en la ruralía, por ejemplo) pueden obstaculizar la emergencia de componentes de la materialidad, que consiste básicamente en el acopio exitoso de capital cultural y social. Estos componentes se entrelazan con los económicos (ejemplo, infraestructura) en sus variadas versiones. Por ejemplo, ya se han visto las configuraciones o combinaciones que hemos denominado como relativamente individualizadas (pero igualmente con una estructuración familiar) mas las que asumen una organización o forma más comunitaria y étnica, como parecen ser los desarrollos en las colonias periféricas reportados por los periódicos *Tiempo* y *La Jornada* en los primeros días del mes de marzo del 1994, a pocos días del levantamiento zapatista.

Esta condición tiene que verse desde una perspectiva dinámica, procesal, pero que no conlleve necesariamente una concepción lineal desarrollista. Inclusive puede conllevar estancamiento, como hemos podido notar en los más bajos niveles del mercado laboral urbano en SCLC. No es una totalidad y sí algo complejo y relacional. Los diferentes emplazamientos de las mujeres en diferentes momentos pueden entonces contemplarse desde los grados de empoderamiento (Ortiz-Torres [1992]:4)⁸⁸ logrados y contextualizarse para avanzar en su entendimiento. Asimismo, la representación de la producción/reproducción de la casa y familia vía las narrativas como algo discreto, unitario e integrado sirve para opacar aspectos rizómicos/relacionales, algo así como cuando etnicidad opaca clase.

⁸⁸ “Defino el (empowerment) mismo como el proceso por el cual los individuos, grupos, organizaciones y comunidades desarrollan un sentido de control sobre sus vidas, que les permite además tener acceso a recursos, y promover cambios en sus contextos comunes.”



Dentro de una perspectiva que reflejan algunas mujeres indígenas podemos constatar un contraste entre la comunidad de origen y la urbe, donde la primera se representa con una total ausencia del uso de moneda complementada con autosuficiencia. El trabajo investigativo posterior incluirá evaluar críticamente esta perspectiva binaria.

En el mundo relacional de las mujeres entrevistadas y asentadas en el contexto urbano, se delata un constante e insistente acercamiento a la experiencia pedagógica. Se muestran antecedentes de relacionar la adquisición y acumulación de capital cultural con “estudios”. Se detallan incluso las prácticas variadas de inserción en el mundo laboral magisterial, incluyendo desplazamientos ocupacionales de diversos grados. Se percibe adicionalmente este contexto laboral como uno de los pocos nichos de trabajo en el mundo laboral indígena que muestra un grado de estudios algo formalizados, una remuneración relativamente constante y uniforme, y conteniendo elementos de seguridad social como descuentos para esta, planes médicos, y un escalafón que permite un grado de movilidad vertical ascendente por méritos presuntamente adquiridos. En su contenido y prácticas implica también un discurso estatal desde arriba, que constriñe e impone orientaciones valorativas particulares.

Lo reciente del mundo rural se ve reflejado en el conocimiento de este que continúa vigente. Dentro de esto hay que recalcar la convergencia de lo que llamamos rural y lo urbano; y cómo ambos se manifiestan simultáneamente en ambos contextos. Aún cuando el aspecto comunitario, en toda su especificidad tiene un mayor impacto e influencia sobre las mujeres de las comunidades de origen que sobre las mujeres del contexto citadino, no debe entenderse en un sentido necesariamente positivo, ya que como hemos podido captar, existen procesos de control y subsunción en el área urbana y rural que impactan negativamente cualquier tendencia que pudiera producir aperturas hacia una condición de empoderamiento. Cualquier investigación futura debe ir dirigida, respecto a este punto, a precisar finamente el peso específico del factor comunitario en ambos contextos, y sus implicaciones, al nivel aplicado en relación especialmente a sus prácticas.